

TOBIE NATHAN

EMBRUJOS DE AMOR

Traducción de Aníbal Díaz Gallinal



Nathan, Tobie
Embrujos de amor. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
168 p.; 22,5x15,5 cm.

Traducido por: Aníbal Díaz Gallinal
ISBN 978-987-628-350-2

1. Literatura Francesa. I. Díaz Gallinal, Aníbal,
trad.
CDD 843

Título original: *Philtres d'amour*

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: marzo de 2015

© ODILE JACOB, OCTUBRE 2013
© de la traducción Aníbal Díaz Gallinal, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-350-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Encuadernación Araoz S.R.L.

Impreso en Argentina

El amor —¿sabes?— es terrible veneno, algo en lo que es mejor no excederse.

Serge Gainsbourg

Índice

La pasión de amor	11
La posesión	25
Los dioses	43
Los perfumes	69
Ambivalencia de las pócimas de amor	93
Las almas gemelas	115
Algunos principios generales para enamorar a alguien	143
Bibliografía citada	155

La pasión de amor

“Pasos a seguir para que el corazón de una mujer se sienta atraído por un hombre.

Una vez puesto en práctica, tiene eficacia inmediata.

Tomas una golondrina y una abubilla (*Upupa epops*) vivas.

Preparas un ungüento con sangre de asno y sangre de vaca negra.

Luego les unges la cabeza con pasta de loto.

Te pones frente al horizonte y cuando sale el sol pegas un grito.

Cortas la cabeza de las dos aves.

Les sacas el corazón del lado derecho de la caja torácica,

las unges como antes, con la sangre del asno y de la vaca negra,

y las dejas sobre una piel de asno,

para que se sequen al sol durante cuatro días.

Al cabo de los cuales las estrujas,

las metes en una caja y las dejas en tu casa.

Cuando quieres que una mujer ame a un hombre

tomas la savia de la madera de un árbol encantado

y delante de ellos pronuncias su nombre exacto.

Viertes la savia en una copa de vino o de cerveza

y se la das a la mujer para que la beba.”

Antigua fórmula egipcia de encantamiento para conquistar el corazón de una mujer. Manuscrito en papiro, tomado de una compilación de fórmulas mágicas, que data del siglo III d. de C.; se conserva mitad en el museo de Leiden, mitad en el British Museum.¹

La pasión amorosa es considerada el fruto de una manipulación. Aquí voy a dar crédito a una idea extendida por el mundo según la cual la pasión amorosa, en lugar de ser algo espontáneo que se da entre dos personas,

sería fruto de una acción deliberada. No nos enamoramos al ritmo de encuentros, ni nos cautiva el atractivo de un cuerpo; ni es un rostro dulce, ni la belleza del alma lo que nos enamora, sino que somos objeto de una deliberada captación. Talismanes, pócimas, perfumes, oraciones, ritos, palabras esotéricas, alimentos o brebajes... Voy a centrar mi interés en los incontables métodos existentes, en la eficacia que demuestran, en las teorías que los sustentan y en los mundos que los cobijan.

Reconozco que se trata de una idea desfasada, a contracorriente de un mundo utilitario que mira a los seres humanos como si fueran comodines. En la confusa interioridad de la *psyché* se han introducido por doquier complejas interacciones y emociones variadas, pero se ha perdido la pasión que los antiguos profesaban por la mirada, la afición que prodigaban al gusto, al tacto, a los olores y a los objetos.² También el mundo actual, cuya filosofía es la apología del “deseo” del “consumidor”, está manipulado por técnicas tanto o más sofisticadas que las que aquí reseño.³ El mundo “moderno” es curioso, se burla de la paja que encuentra en las técnicas amorosas, pero ignora la viga de sus propias técnicas de *marketing*.

Por ello, no prestaré atención a las ideas que remiten a lugares comunes, ni a las que se refieren a la prensa del corazón, que repite siempre la misma letanía, ni a la pueril vulgata psicoanalítica. Mi punto de partida será este: *Considerar que la pasión de amor que siente uno, es resultado de las prácticas que realiza otro*. Esta idea no sólo se ha extendido entre las llamadas, con cierta condescendencia, “creencias populares”, sino que se encuentra también en las tradiciones sabias de África, de Medio Oriente, de América del Sur, de Indonesia y de la India, entre otros lugares.

La insistencia de esas teorías remotas que han sabido resistirse al canto de las sirenas de la modernidad, hace eco a otras, muy parecidas, que conocemos en Occidente al menos a partir del siglo XVIII. Estas también se servían de objetos técnicos –el talismán, la pócima, la “cosa” o gualicho– para inducir a la pasión amorosa. Por cierto, las actuales confidencias de los enamorados y las quejas de los que sufren mal de amor, son iguales a los pensamientos que se abren camino en la intimidad de los corazones y a los que afloran en los consultorios de los psicólogos.

Pero miraremos la cuestión desde una perspectiva totalmente distinta. Miraré al enamorado como al cazador, y al amante como a una presa, aunque haya veces en que el cazador se convierte en la presa de su víctima. Este

cambio de perspectiva desplaza el polo de interés. De la mirada puesta sobre el alma del enamorado, en los estratos de su pasado, en las huellas que le dejaron sus pasos en falso de niño, pasaremos a estudiar las experiencias prácticas, complejas y a menudo híbridas, formadas con un poco de todo, pero siguiendo una metodología bien determinada. Pues si bien el amante o amado es presa, el depredador o la depredadora usa herramientas, objetos extraños surgidos de métodos probados, que requieren, por lo general, la contribución de expertos y se refieren a *corpus* ya olvidados.

Adivino en el lector una sonrisa divertida: “¿De verdad crees en todo esto?”.

En realidad, escribo este libro justamente para saber eso: para saber si creo o no. Me he zambullido con pasión en esta investigación, tratando de reunir testimonios, relatos, textos, mitos y lo que sabemos de tradiciones remotas.

Pero el lector insiste: “Admito que estas técnicas existen, e incluso concedo que estén muy extendidas. Pero, ¿crees que se les puede otorgar una eficacia real y verdadera? ¿Crees que se puede inducir el amor con ayuda de determinados encantamientos?”.

Es razonable pensar que es otro quien, con su acción voluntaria, provoca una de las emociones más intensas que podemos experimentar —sólo comparable con el terror (por su intensidad) y con la locura (por los cambios que produce en la propia persona)—.

Te me estás escapando de la pregunta, replica el lector, pero, ¿sabes al menos cómo se hace?

Si en la ciudad de Roma alguno no conoce el arte de amar, que lea mis páginas, y ame ilustrado por mis versos.⁴

Esto escribía Ovidio en su *Arte de amar*, que desagradó a César y le valió, en el año ocho de nuestra era, el exilio a las fronteras del imperio. Hace dos mil años, Ovidio tuvo la valentía de enunciar de modo radical, valiéndose sólo de su experiencia y de su inspiración, que amar requiere un aprendizaje. Ovidio quería transmitir este arte, la magia propia de la palabra que llama, la languidez de la primera mirada, la fuerza escondida de un roce oculto. Bien sabía él que el arte del encuentro es la sal de la vida —“*A vida é arte do encontro*”,⁵ cantaba Vinicius de Moraes en su célebre *Samba da Bênção*—.

El mismo Ovidio se presenta a la posteridad como maestro de los enamorados:

Aquiles recibió las armas de Vulcano; con ellas venció: sabed vencer con las mías. Y que todo amante que haya salido victorioso al enfrentar a una amazona arisca, con la espada que recibió de mí, inscriba en sus trofeos: *Ovidio fue mi maestro*.⁶

Ovidio resulta en estos pasajes sorprendentemente moderno: no se contenta con dejar a los hombres una suerte de *manual de enamorados*, que todavía usan, bien lo sé, los jóvenes de nuestros días, sino que consagra a las mujeres, en el Libro III, tantos versos como a los hombres, dispensándoles sus consejos, guiándolas para que luzcan su belleza, sugiriéndoles las respuestas intrigantes que pueden dar a quienes las cortejan, deslizándoles las maneras de exacerbar el deseo y prepararse a disfrutar del placer de los sentidos. Siendo maestro por igual tanto de hombres como de mujeres, ha edificado una especie de república de afectos.

Ante el amor, todos somos iguales, hombres y mujeres, y todos estamos, habría que agregar, igualmente inermes. Ovidio, el poeta, supo cantar “el arte de amar”, un saber práctico como el arte culinario, como la destreza del artesano; se trata del arte de atraer y seducir al otro; del arte de convencer al otro de los placeres que podría sacar del encuentro...

Si nos guiamos por la etimología, la seducción sería un *desvío*. Entonces seducir consiste en desviar la mirada del otro, al menos en un primer momento. Si eso sale bien, si la operación tiene éxito, llevarlo luego a obrar como si su bienestar coincidiera con el mío. Ovidio obra sobre los cuerpos. Sobre el cuerpo del seductor o la seductora, a los que prepara, embellece, perfuma, y sobre el de la persona seducida, que realizará los gestos previstos y ocupará el lugar esperado. Como auténtico poeta, manejando la palabra, mueve los cuerpos a la distancia.

También yo voy a hablar de amor y de las técnicas de amar. También, como Ovidio, estoy persuadido de que el sentimiento amoroso nace de una acción. Sin embargo, me ocuparé más de los sentimientos que de los cuerpos. No se tratará aquí de añorar recetas que estimulan la atracción mutua (un saber que puede resultar, sin duda, muy útil), sino de *los modos*

de provocar la pasión. Repito, entonces, que hay modos para hacer que el otro esté loco de amor.

Sin embargo, parece que nuestra concepción de la pareja, las leyes del matrimonio, los relatos que sirven de marco al imaginario y los que invaden nuestras pantallas, están fundados en el postulado contrario, el de la espontaneidad de los sentimientos. Es más, este postulado está en el origen del individuo, núcleo elemental de nuestras actuales sociedades modernas. ¿Y qué mejor definición de individuo puede darse que la de *ser para el amor*? Para la cohesión de las sociedades modernas es necesario postular al individuo con la libertad y la capacidad de enamorarse, de ser para el amor, considerado como la expresión singular de su deseo.

Este ser-de-deseos es el blanco de los estudios de mercado y de los sitios de encuentros actuales. Entonces, caer ahora con la idea de que la eclosión de las pasiones —que constituyen la quintaesencia de la individualidad— puede ser detonada desde afuera, es una empresa muy arriesgada. Pero me aventuro en ella, aquí, con toda conciencia, con total lucidez.

Definiciones

Antes que nada, expliquémonos acerca del significado de las palabras. Cuando se trata de *amor*, el idioma puede ser impreciso. Con una misma palabra, *amor*, se designa: un interés pasajero, un apegamiento moderado, un entusiasmo amoroso, un sentimiento, una pasión, movimiento afectivo por el que me intereso aquí primordialmente. La pasión amorosa es una verdadera locura que se caracteriza por focalizar todos los intereses en una misma persona, hasta quedar obnubilado.

Atracción incoercible; pulsión quizá; impulso sin duda; compulsión otras veces; fuerza oscura en cualquier caso. El amor-pasión sobreviene como una ola que rompe. Se apropia del yo, que entonces deja de ser yo; del *ego*, que se hincha hasta el infinito... Se adueña de los dos, juntándolos desde adentro, hasta confundirlos. Quiero decir que la voluntad, entonces, queda como bajo el poder de Medusa. El enamorado no sabe, en ese momento, qué oculto poder que percibe como extraño, como exterior a él mismo, lo arrastra.

Pasión

Esa fuerza que se apodera del enamorado barre de un plumazo todas las necesidades vitales y las obligaciones sociales que hasta ese momento organizaban su vida. El enamorado corre, sigue ciegamente a quien lo conforta con su atracción. Rechaza a quien intenta hacerle razonar y a los amigos de siempre, hasta romper con ellos. Se vuelve irreconocible; ya no se le reconoce; él mismo ya no se reconoce... Vive alienado en el sentido propio: ha devenido otro. Ya no se piensa en presente sino en futuro, propulsado por un devenir incesante. De golpe, está cambiando, adviniendo, realizándose. *El amor es una metamorfosis.*

La pasión amorosa es una emoción, un sentimiento y un estado paradjico, porque al mismo tiempo que es irreflexivo y cercano a la locura es, sin embargo, lógico y consecuente, ya que lleva al enamorado a procurar la transformación de su mundo. Decimos que aísla, que separa a los semejantes, aunque es a la vez un sentimiento social, que no se contenta con el instante; va a la zaga del acontecimiento.

Es el más temerario de todos los estados en que puede encontrarse una persona apasionada por el movimiento. Y es en ese estado donde la persona encuentra la valentía para trasgredir las prohibiciones y arramplar con las convenciones. Este estado, como sabemos, confunde los tantos, baraja las cartas para dar de nuevo, permite unir las clases sociales, las etnias, las distintas religiones. *El amor es, por naturaleza, trasgresor.*

El rey abdica de la corona, loco de amor por una plebeya americana que va por su segundo divorcio. Eduardo VIII acaba de acceder al trono. Abdica menos de un año después para casarse con Wallis Simpson, de la que está perdidamente enamorado.

El enamorado corre todos los riesgos... Durante la ocupación de Francia por los alemanes, en la Segunda Guerra Mundial, una chica de la alta burguesía de Lyon, locamente enamorada de un estudiante africano, va a esconder su pasión en una cabaña del Vercors, donde dará nacimiento, con un año de intervalo, a dos niños mestizos. Enamorada, madre de dos niños chicos, se hace resistente... Sólo Dios sabe cómo pudo sobrevivir a la guerra.

Se suele decir que “el amor es más fuerte”. El amor es fuerza, sin duda, pero también es dolor. La pasión de amor es un sufrimiento. Inclu-

so se puede llegar a veces a considerarla como enfermedad. Su principal síntoma es la carencia permanente; algo que ni siquiera la presencia del ser querido puede llegar a colmar, que no se agota con el amor físico. Las palabras dulces no lo alivian en nada, y las pruebas de apego lo exacerbaban. La duda es allí reina y señora: ¿dónde estará en este momento? ¿Estará pensando en mí como yo en él? Y no vayamos a creer que se trata de los llamados celos “femeninos”, pues la pasión amorosa se declina en los dos géneros. ¿Me estará imaginando como yo la imagino? ¿Estará olfateando en sus manos, como yo, los efluvios de esta noche? ¿Se sentirá atraída por otro en este momento, como lo estuvo por mí? A veces son las dudas más dañinas o perniciosas, las que inquietan el espíritu del enamorado y se instalan en él como un gusano: ¿acaso todas las demostraciones de amor que me prodigó eran sólo un juego, una simulación, una parodia? Y, del otro lado, quizás al mismo tiempo, está surgiendo una pregunta similar: ¿no habrá simulado la pasión para que yo cediera ante él, y ahora que ya obtuvo lo que quería, me va a abandonar aquí, para irse a otro lado, y repetirle a otra las mismas palabras y gestos que tuvo conmigo?

No se trata aquí de la reacción de un propietario que teme perder su bien, sino del ser mismo que vacila. Sólo imaginar que el ser querido se puede encontrar en los brazos de su rival, aniquila la existencia misma del enamorado que huye desfavorido de esas imágenes terribles, encarnaciones de la pesadilla. “Su desaparición comporta la mía. Si me abandona, me mato de inmediato...”

Muy parecido y muy cercano al sentimiento amoroso, juntamente con él, y pegado como a su sombra, acecha otra emoción, pronta a usurpar su lugar: la angustia. Es un hervor carente de motivaciones, errante y desorientado, especie de animal informe, que oprime el pecho. Está ahí desde el primer instante, con su presencia sorda, gruñendo por el bajo fondo. Por momentos se manifiesta, sin motivo aparente, con una violencia inesperada; otras veces semeja una disputa, un desacuerdo pasajero. Todo lo que deja entrever algún distanciamiento entre el enamorado y el amante, se agranda desmesuradamente, como una falla, como una grieta, como los primeros crujidos de un derrumbamiento. El único remedio posible es el que surge del cuerpo a cuerpo en la oscuridad, ese espacio en el que se diluye el reino de la palabra y de la mirada.

Se ha dicho que el hombre es una especie de simio. Según el punto de vista que se tenga, se verá en ello, ciertamente, algo de verdad. Pero, al observar el modo de actuar que tienen los humanos, se ve que se parecen más bien a los pájaros. Siendo exclusivamente bípedos, se balancean al caminar como gallinas o pingüinos; la conformación de sus piernas los hacen corredores, como el avestruz. La cabeza bien derechita. Miran de lejos y descubren el mundo con sus ojos. Al igual que los pájaros, hablan sin cesar, aunque los pájaros callan cuando se extingue la luz. Tome a dos seres humanos y póngalos en la oscuridad. Entonces los sentidos más poderosos, los menos controlados, tomarán preponderancia, y ellos dejarán de mirar y de hablar, para palparse, tocarse, acariciarse, paladearse y olfatearse. Son, justamente, esas actividades las que apaciguan a los enamorados. Encuentran ahí, en ese vínculo primario, en esa fusión que procuran el olfato y el tacto, una relajación. Allí, en ese contacto inmediato, experimentan y sienten que nada puede separarlos, unidos como están por un cordón umbilical invisible, como pegados con cola. Es sobre todo el olfato el que tiene preponderancia, con su propia capacidad para apaciguar: perfumes, olores de amor, sudores, alientos, en una amalgama que los dos reconocen como la emanación de una totalidad indeterminada y confusa: ¡sí, tienen certeza de ser ellos!... ¡Ellos y él, el amor que está ahí!

La pasión amorosa es, en primer lugar, un sufrimiento. Contemplo perplejo a los enamorados. ¿Por qué aguantan tan intenso sufrimiento? ¿Por qué buscan el dolor? ¿Qué es lo que los fascina en ese estado de tensión ansiosa, de incertidumbre, de pensamientos excesivos, irreales y a menudo persecutorios? Es más, son ellos los que lo buscan. Y cuando están en ese estado, parecen alegres, se superan, cumplen hazañas, corren, se multiplican. Duermen unas pocas horas por día. ¿Por qué les gusta sufrir? ¿Por qué son capaces de cruzar una ciudad entera para estar unos minutos con el ser amado? ¿Por qué los enamorados se llaman por teléfono, si acaban de verse? Aun cuando los momentos de placer alcancen una intensidad que hasta entonces desconocían, son fugaces, son como paréntesis. ¿Qué es, entonces, lo que los retiene de esa manera, pasmados, subyugados, pegados el uno al otro?

Hay quienes han comparado la pasión amorosa con la adicción a los tóxicos. El amor sería una especie de toxicomanía, se piensa hoy, mientras que antaño se decía más bien que la toxicomanía era una forma de amor

—amor por un no humano— por una sustancia. La comparación, sin embargo, sigue siendo pertinente en los dos sentidos: al igual que entre los toxicómanos, en los enamorados también se identifica la fugacidad de las satisfacciones. El placer que se siente con ocasión de la “pitada”, de la “inhhalada” o del *shoot* se describe en términos de intensidad y no de contenidos. Para los enamorados mucho más que de mirar imágenes cualesquiera, o de poner atención en ciertas ideas, se trata de una percepción confusa de fuerzas, de sentirse traspasados de sensaciones, de bienestar, de “flipar”. La dependencia es otra característica común a los dos estados. El enamorado, al igual que el drogado, experimenta en sí mismo esa magia que opera a la distancia, como el imán sobre la lámina de hierro; un estiramiento desesperado del yo arqueándose para alcanzar el objeto, rompiendo barreras siente un dolor infinito por la ausencia, por lo que le falta —la carencia—, que le lleva inexorablemente a volver. El toxicómano, como bien sabemos, retorna siempre, sean cuales sean sus “tomas de conciencia”, y las “comprensiones” que encuentre, o pueda encontrar, a su pretendido “problema”. ¿De qué problema se trata? Sus terapeutas no pueden admitirlo... A pesar de que él mismo les dice que ¡no tiene problemas! Y es que su único tema, la polaridad de su mundo, está en la presencia del *otro*: su único problema es el tóxico, la sustancia. El *otro* es la sustancia. Ya lo había notado Freud: el vínculo del alcohólico con su botella es el propio de una verdadera pasión amorosa. Así, una vez pasado el primer momento en el que la satisfacción es evidente, viene a la cabeza una crítica: la dependencia de la sustancia tóxica es, en primer lugar, una dependencia física. El dolor que siente el heroinómano en estado de abstinencia, le provoca un malestar insoportable. Separado de la sustancia que se ha convertido para él en su ambiente interno, se encuentra privado de uno de sus elementos constitutivos, que es como si le privaran del oxígeno para respirar. Una nueva dosis y de nuevo lo tenemos arriba, como un buzo que contiene la respiración al límite.

En el caso del enamorado, no hay sustancia alguna, a menos que se considere el estado de enamoramiento como el paroxismo para la liberación de endorfinas. Sabemos, en efecto, que los estados de estrés fisiológico o psicológico, así como el intenso ejercicio físico, provocan la liberación, por parte del hipotálamo y de la hipófisis, de una sustancia: la endorfina, prima de la heroína, que procura una sensación placentera de la misma especie que aquella. Estudios llevados adelante entre los fanáticos del

jogging han indicado cuáles son los términos con los que describen su estado: hablan de *euforia*, de *sensación de potencia inusitada*, de *flotar en lo irreal* y otras tantas impresiones por el estilo, que bien podrían aplicarse al estado de enamoramiento. El mecanismo parece similar, pero la causa es distinta. El enamorado siente la ausencia del otro; sin embargo su presencia exagera más la carencia. Por ahí se cuele la diferencia: parece algo menor, pero cambia todo el cuadro. En el toxicómano, la sustancia hace desaparecer completamente la carencia, aunque sea por un tiempo, mientras que la presencia del ser amado nunca llega a colmar del todo al amante.

Si se le preguntara al enamorado, presentaría argumentos distintos de los del deportista. Al igual que él, hablaría de una extensión de sí mismo, de la aparición de capacidades que no conocía. Aunque sabría en todo momento designar el origen de su exaltación: el otro, siempre y con razón, pues las fronteras de su yo parecen haberse dilatado hasta abarcar a otro yo. Justamente eso es lo que le falta al deportista, que no tiene a nadie más allá de su cuerpo y de sus marcas. Para el enamorado, el otro siempre presente se encuentra en su lugar dentro del espacio propio. Cuando está en la misma habitación nunca está demasiado cerca; cuando lo abraza, sigue muy lejos. Los cuerpos tendrían que realizar lo que la sensación promete: la combinación novedosa de los amantes en un solo cuerpo, como esas mariposas que fusionan sus segmentos genitales durante el acoplamiento. Más todavía, pensar en la amalgama, en lo híbrido, en el andrógino, procura la certeza de percibir al otro a la distancia, como quien siente lo que le pasa en la mano. El enamorado localiza al ser amado en el espacio: lo ve moverse, aunque se encuentre a varios kilómetros de distancia, percibe sus pensamientos e incluso los siente dentro de su cabeza; siente el olor que lo circunda y acompaña como un perfume. Las técnicas modernas de comunicación, que han tomado de la pasión amorosa su afinidad por lo inmediato, ponen a disposición de los enamorados una multitud de medios. Su instrumento privilegiado es el teléfono móvil, el celular. Los *sms* hierven, los *chats* se inflaman; los videos estallan en cualquier pantalla disponible. Para los enamorados, que no tienen ni vergüenza ni remordimientos, todo es posible. En el apogeo de su pasión han devenido un mundo, una totalidad. Varias características designan este estado, explicando en parte su potencialidad.

Generosidad

Verdadera elación del alma, el humor conquistador y eufórico del enamorado se expresa bajo el imperio de la generosidad. Ha hecho la experiencia concreta, física, de la alteridad. De tal modo ha integrado la existencia de otro humano, de *otro*, que se sabe capaz de *simpatía* en sentido propio. Siente en él los sentimientos del ser amado, llora con sus dolores, reacciona ante sus deseos y, lo que es más, no distingue bien cuál de los dos es el que desea. Ha desaparecido toda culpabilidad. El enamorado es *generoso* y, por ello, se siente también moral.

Las mismas sensaciones presiden las pasiones de las parejas gay. Lo había comprendido el ejército de Esparta, favoreciendo la integración de parejas homosexuales en algunos batallones, contando con esa generosidad, para formar a los soldados de elite, porque el amante duplica su valor cuando el peligro acecha a su ser querido. En el siglo IV a. de C., el batallón sagrado de la ciudad de Tebas se integraba exclusivamente con parejas homosexuales. Eran soldados excepcionales que durante treinta años sólo conocieron la victoria, hasta la Batalla de Queronea, en el 338 a. de C., en la que la armada fue destruida por Filipo de Macedonia. Es imposible romper la cohesión de un ejército de soldados que se aman, comentaba Plutarco, impresionado por esas proezas militares.

¡Metamorfosis!

Quien se encuentra en este estado de pronto toma conciencia de que no es el mismo, de que está cambiando, transformándose, mutando. Los compromisos de antes ya no lo ligan, se habían formulado para otra persona. ¿Se acuerda la mariposa de su vida de larva? ¿Convertida en insecto volador, podrá acordarse la mariposa, animal del aire, sensible solamente a los efluvios y a las partículas infinitesimales que transporta el viento, de su vida anterior? ¿Podrá guardar acaso memoria de aquella vida en la que se arrastraba por el suelo mascando hojas? Imagino que todo ha sido barrido; se ha borrado el disco duro. Tal el enamorado, que no se ha convertido todavía en gusano, sino en ninfa, es decir que todavía está en proceso, en una de las etapas de su transformación.

Ya no se acuerda con precisión de la identidad del que lo precedía habitando su piel; le parece que es alguien remoto, un extranjero. Esta constatación se acompaña de un relato con características de revelación. Este amor le ha permitido expresar su verdadera naturaleza, ya que él no se sabía músico, ni poeta, ni pintor.

¡Eureka! El azar se revela como destino

La pasión implica que el enamorado sabe, con cierta vaga certeza, que tiene una posibilidad entre tres mil millones de conocer a la mujer que será su amor ¡y a ninguna otra! Sabe bien que es ella —sólo ella—, y ninguna otra. Dentro de la inmensa masa formada por aquellos de los que no le interesa saber quiénes son, él la percibió, se fijó en ella. Este acontecimiento, cuya probabilidad era igual a 0, el descubrimiento insólito de su complemento, de su otra mitad, provoca en él un sentimiento de victoria. Alain Badiou con bastante justicia habla de “victoria sobre el azar”.⁷ Allí reside una de las explicaciones de esta exaltación que es, según dicen, parecida a la manía.⁸ Quien encuentra a su otra mitad es más afortunado que el que gana la lotería. ¿Cómo es posible que esta mujer que no es ni su gemela, ni su hermana, le resulte, sin embargo, tan cercana, y tenga su misma sustancia y naturaleza? Coincidencia inaudita de dos extraños que se parecen, se unen, se solapan hasta confundirse. El acontecimiento perturba, distorsiona el entendimiento.

El enamorado lo recibe y lo aprecia como una suerte que le ha tocado; una gracia que le es otorgada; una indudable elección.

La joven americana estaba aburrida de todos los jóvenes con los que salía. Y no es porque no fueran de su gusto, no, sino que los veía demasiado normales, demasiado “estandarizados”. ¿Qué motivos hay para preferir a este o a ese otro? ¿Por qué elegir a este? ¿Cómo elegir? Teniendo estas cavilaciones en su espíritu, se decidió a desafiar al destino. Escribió su nombre en diez billetes de un dólar, que puso de nuevo en circulación prometiéndose en secreto que otorgaría su favor a quien le devolviera uno de esos billetes escrito con su nombre. Sabía que esto era tan improbable que rozaba lo imposible. Y la vida siguió su curso.

Tiempo después comenzó una relación más seria con un joven. Fueron juntos al cine, a cenar, hasta que una tarde él la invitó a salir con intención de